

HISTORIA

CIPRIANO MERA, EL ULTIMO GUERRILLERO

LA escueta nota de agencia nos trae la nueva del fallecimiento en París, el pasado 25 de octubre, de uno de esos originales, fascinantes e incongruentes tipos humanos que la historia española emerge de su acontecer, principalmente en el transcurso de las frecuentes guerras de todo tipo que la salpican: un anarquista, Cipriano Mera.

Para la actual generación, poco o nada dice el nombre. Si lo significa, sin embargo, para aquellos que vivieron y sufrieron la contienda civil española, en la cual este hombre de rostro agrio, piel curtida y vulgar aspecto de campesino surcado, juega un importante papel, al menos en el envite final. Es Mera, nacido en 1898, albañil de profesión, anarquista convencido, implicado de lleno ya en su juventud en luchas sociales, en las que siempre destaca con calidad de líder. Tenaz y honrado, presidente del más poderoso sindicato de la C. N. T. madrileña, el de la Construcción, sufre cárcel al inicio de la sublevación militar dirigida por el general Fanjul. Es el momento de Mera, el Gobierno arma las masas y crea la milicia popular que tantos jefes militares no profesionales va a proporcionar al desasistido Ejército de la República.

Setenta mil trabajadores madrileños del ramo obedecen ciegamente a su jefe, preso a la sazón en la Cárcel Modelo a consecuencia de los choques habidos entre los elementos de la U. G. T., C. N. T. y grupos de esquirolas al reclamar violentamente mejoras salariales las dos primeras organizaciones. El día 19 de julio, Mera se incorpora en calidad de comandante a los grupos armados que atacan los focos de sublevación. Una vez reducidos éstos, se incorpora a la columna del Rosal, que tiene como objetivo único el que los embalses del Lozoya —que abastecen de agua a la capital— no caigan en poder de los nacionales.

Y a lo largo y a lo ancho de tres años, la figura de Cipriano Mera pasa de ser un mero líder político para convertirse en un excelente táctico militar. Interviene en acciones en el valle del Tiétar, en Albaracín..., siempre al frente de columnas anarcosindicalistas. En cada acción se destaca como audaz, intuitivo y astuto. Goza de la admiración y aprecio de la tropa y no rehúye en ningún momento la presencia en primera línea.

En noviembre de 1936, el albañil en funciones de comandante acude en auxilio del Madrid sitiado por las fuerzas del ge-

neral Varela. Tomará el puesto de Buenaventura Durruti —otra leyenda anarquista—, muerto en el ataque al hospital Clínico. Estará presente en el desastre italiano de Guadalajara, donde mandará una de las alas que provoca el derrumbamiento del Cuerpo de Voluntarios Italianos, y verá, en julio de 1937, diezmada en Brunete la 14 división a sus órdenes. Sin embargo, poco después, y al cesar en el mando el teniente coronel Pelea, Mera queda al cargo del Cuarto Cuerpo de Ejército republicano. Será, después de Lister, el segundo jefe de milicias del renacido Ejército que combatirá en el Ebro.

Es al declinar la guerra civil y concretamente cuando la constitución del casadista Consejo de Defensa —en abierta ruptura con el Gobierno Negrín— el momento de la manifestación de Mera como figura histórica de la contienda. Su intervención en



apoyo de dicho Consejo al lado de hombres como Segismundo Casado, Wenceslao Carrillo y Julián Besteiro, partidarios de la rendición a Franco, evita un baño de sangre a la capital al oponerse a las columnas comunistas mandadas por el coronel Barceló y que avanzaban sobre Madrid.

Su valor lo mantiene hasta el fin. El día 28 de marzo abandona los frentes de batalla, ya silenciosos, y marcha exiliado a Casablanca. No termina aquí la aventurera vida de Cipriano Mera. En 1940, estallada la guerra mundial, las autoridades nacionales solicitan su extradición al residente francés en Marruecos, general Nogués. Es condenado a muerte. Logra —no obstante— la conmutación de la pena y permanece seis años en prisión. Marcha a París con su mujer y sus dos hijos, y en pacífica vida de jubilado han transcurrido los últimos años de su vida. Siempre con la inevitable nostalgia de la patria perdida.

Juan A. de Ceballos Acha